



EXPERIENCIAS DE LAS MUJERES MIGRANTES EN ESPAÑA

Diego Pinilla

Agradezco la invitación hecha por la Fundación Pablo Iglesias para realizar parte de este proyecto. Me tomaré la libertad de aproximar la lectura a aquellas historias de vida que están detrás de los números y las estadísticas, dejando entrever el —¡brillante pero poco contado!—, papel de la mujer en los procesos migratorios y de su capacidad organizativa y asociativa, centrándome en la mujer latinoamericana migrante en España.

Introducción

Doce años después del asesinato de Lucrecia Pérez¹, mi amiga paraguaya Julia Martínez me llevó a Aravaca, el pueblo de Madrid donde la habían asesinado. “—Fue un guardia civil acompañado de tres menores afiebrados por los discursos fascistas los que le dispararon —me dijo Julia con acento asunceno mientras caminábamos hacia la plaza donde las asociaciones de migrantes habían dispuesto un pequeño escenario para rendirle homenaje a aquella mujer: migrante, empleada doméstica y negra.

Durante esos doce años, pero sobre todo durante los primeros años del nuevo milenio, España experimentó una transición hacia el mestizaje: locutorios, tiendas latinas, casas de envíos, discotecas de salsa y merengue, medios de comunicación, radios con ritmos tropicales, periódicos, asociaciones, hermandades y equipos de fútbol latinos nacían en los barrios de las principales capitales y en pueblos hasta entonces casi deshabitados. Pero, sobre todo, España se mestizaba con nuevos colores en su tez, renaciendo así a la diversidad de tiempos pasados, cuando sobre la península convivían las culturas árabe, cristiana y judía.

Entre los años 2000-2005, la población española aumento en más de 3 millones de personas y entre 1996 y 2006, del crecimiento total de habitantes (4´7 millones), 3´6 millones eran inmigrantes². Los y las nuevas ciudadanas españolas habían traído a este país el milagro que Dios concedió a Santa Isabel, el incremento y rejuvenecimiento de una población con bajos índices de natalidad y el consecuente equilibrio en la balanza pensiones/cotizaciones del sistema español.

De nuestro amigo venezolano Pedro Zerolo, con quién habíamos quedado en la plaza de Aravaca aquella mañana de noviembre para rendirle homenaje a Lucrecia, recuerdo escucharle decir, entre muchas otras, dos frases que quiero memorar en esta corta introducción: “Soy de los que piensan que si hay movimientos que han cambiado el mundo, estos son los movimientos de autodeterminación personal, cierto es que los movimientos de autodeterminación territorial han cambiado los colores de

¹ En Wikipedia: “Lucrecia Pérez Matos (Vicente Noble, Barahona, República Dominicana; 15 de diciembre de 1959 - Madrid, 13 de noviembre de 1992) fue una inmigrante dominicana asesinada en Madrid, víctima de racismo y xenofobia, el primer caso reconocido como tal en España”.

² Equipo del Área de Economía y Sostenibilidad de la Fundación IDEAS para el Progreso, 2011.

una bandera o las fronteras de un valle a otro, pero los movimientos que han traído más tranquilidad y por tanto más felicidad al planeta tierra, son los movimientos de liberación personal: El movimiento antiesclavista, el movimiento de liberación racial, el movimiento obrero, el movimiento de liberación homosexual, transexual y bisexual y el mayor de los movimientos que ha conocido nuestro mundo, que es el movimiento de liberación de las mujeres, el movimiento feminista”; y aquella arenga muy de él “Tenemos que visibilizar las diversas realidades y defender los derechos alcanzados”.

Durante estos veinte años de vida en España, he tenido el privilegio de ser testigo de historias de vida de mujeres latinas, migrantes, anónimas. Historias revolucionarias, de revoluciones en ocasiones silenciosas, otras veces revoluciones silenciadas. Historias que de ellas escuché y que algunas veces con ellas viví. Pretendo visibilizar con este escrito solo una de esas historias de construcción del tejido asociativo femenino. De ellas, como dice la uruguaya Simone Seija Paseyro: “... Valientes, reidoras y con labia. Capaces de pasar horas enteras escuchando, muriéndose de risa, consolando. Arquitectas de sueños, hacedoras de planes, ingenieras de la cocina, cantautoras de canciones de cuna...”. Historias de lucha que desde su sencillez transformaron, cuestionaron y se enfrentaron al machismo institucionalizado de aquí y de allí. Realidades vivas cuyo éxito permanece en la memoria de quienes de ellas aprendimos y que siguen realizando su papel transformador en una sociedad cada vez más dividida, insolidaria, menos cooperativista. En estos tiempos del: “Sálvese quien pueda”.

Ante la infinitud de la materia y la limitación del texto, describiré dos episodios o capítulos: iniciando con un grupo de mujeres en un piso de la calle Montera de Madrid en 2002 y finalizando con un grupo de mujeres en los despachos del Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones del Gobierno de España en 2021, con el objetivo de visibilizar y dejar entrever a quien lee el sentido de aquellos últimos versos del poema de Simone Seija Paseyro: “Cuando las cabezas de las mujeres se juntan alrededor de ‘un fuego’, nacen fuerzas, crecen magias, arden brasas, que gozan, festejan, curan, recomponen, inventan, crean, unen, desunen, entierran, dan vida, rezongan, se conduelen”. O como decía Zerolo: “Traen felicidad al planeta tierra”.

Un centro de mujeres en la Calle Montera de Madrid

El poco sol que el patio interior dejaba entrar iluminaba las plantas y las fotos de Paloma Rodríguez Villegas con las mujeres del CAS³, con las fundadoras de la asociación y otros recuerdos (algunos elaborados por mujeres usuarias del centro), que aparecían como si fueran poseedoras de un espacio que alguna mano humana les había otorgado, en medio del caos de papeles, AZ, periódicos, libros, documentos con proyectos y hojas escritas a lápiz que posaban sobre el escritorio y la mesa auxiliar. Únicos muebles, aparte de las sillas: una para ella, sobre la que solía dejar colgada la cartera y cuatro al frente. En una oficina que permanecía con la puerta abierta y en cuya pared lateral pendía un cartel que decía: Candelita, Centro de formación personal y desarrollo colectivo.

Sentado enfrente de Paloma, sintiendo el lánguido sol en mi espalda, vi como ella estiraba el brazo y sacaba del bolso el periódico y un cuaderno en el que había escrito a lápiz un resumen del programa de formación aprobado por el Instituto de la Mujer y que Candelita había terminado de impartir al grupo de mujeres del segundo “contingente de mujeres latinas” que llegaron a Madrid a mediados del 2002.

“—¡Uy qué barbaridad! Solo uno de los cuatro asesinos de Lucrecia sigue preso 10 años después” —exclamó Paloma— mientras leía la portada del periódico, lo cerraba con desagrado doblándolo a cuartos y lo dejaba en la mesa auxiliar, “—Bueno chicas y chico, la idea es que estas mujeres que terminaron su formación el fin de semana pasado y ya han estado la primera semana en la casa que les tocó, no pierdan el contacto entre ellas ni con nosotras” —concluyó Paloma— mientras miraba a mi amiga argentina, Azucena Magdaleno y a Marisol Urbano, la quiteña que hacía parte del contingente y que, por su liderazgo, Paloma había invitado a participar en aquella primera reunión.

Azucena, de quién aprendí la senda feminista y que se encontraba a mi lado ocupando una de las cuatro sillas de la oficina, agregó: “—Muy bien Paloma, entonces dividimos el grupo de mujeres que lleguen en tres; yo estaré con el grupo de formación en derechos, normas laborales, así como gestiones de empadronamiento y otras necesarias para desenvolverse en la ciudad. Tú Diego, mientras tanto, llevaras un grupo

³ Entrevista a Paloma Rodríguez Villegas: “Los Centros de Animación Sociocultural C.A.S. fueron creados a principio de los ochenta por un grupo de mujeres, que habíamos participado durante años en los Centros de Cultura Popular (Únicos espacios donde las mujeres se podían reunir, eso sí, bajo la tutela de Acción Católica, durante los últimos años del franquismo) y que decidimos independizar de la influencia eclesial nuestro trabajo y con el objetivo de dotar a mujeres en riesgo de exclusión social de las herramientas necesarias que les permitiera ser actoras del cambio en sus barrios. Se trabajaba para, con ellas y en los barrios y distritos donde ellas estaban: Carabanchel, Aluche, Vicálvaro, Ciudad Pegaso, Moratalaz, Peña Grande, Palomeras, Hortaleza”.

al aula de Red Conecta⁴, evalúa el nivel de manejo que tienen de las T.I.C⁵, pero sobre todo que se comuniquen con sus familiares, que abran un correo electrónico y si quieren que les escriban”. Paloma interrumpió y concluyó: “—Yo estaré con Marisol en las aulas que están al otro lado del corredor, con otro grupo de mujeres, quiero escucharlas, quiero saber cómo fue esta primera semanas en las casas donde están trabajando. Las recibiremos en el corredor, ahí las saludaremos y haremos los grupos, y cada uno se irá con el grupo que le corresponda a su respectiva aula” —concluyó Paloma— mientras, con rostro de preocupación, ojeaba el periódico que había dejado doblado sobre la mesa auxiliar.

Para llegar al piso tercero del viejo edificio, ubicado en el número 10 de la calle Montera, sede de Candelita, se tenía que utilizar o bien un ascensor con capacidad máxima de tres personas o unas escaleras de peldaños y barandillas grises. Llegando las mujeres del contingente en grupos, desde las escaleras se empezaron a escuchar pasos, pisadas de mujeres cargadas de ilusiones, escalones superados en pos de sus hijos e hijas, a los y las que habían dejado allí, con la idea de enviarles euros, mientras accedían a un permiso de residencia que les permitiera: “poderlos, de aquí a dos años, reagrupar”.

“—Pero bueno, que es este desorden, todo este griterío un domingo en la mañana. ¡Oiga! ¿Para dónde va usted señora?” —gritaba Paco el portero—. De abajo escuchábamos los pasos de las mujeres, de arriba los gritos de Paco que, desde el último piso, donde tenía su residencia, le gritaba a las sombras, a las voces y a los rostros que alcanzaba a ver asomado por el vano de la escalera. Con una simple mirada le entendí a Azucena que subiera corriendo y atajara al portero. “—¡Qué no baje!” —me espetó Azucena— mientras corría hacia el piso de arriba. Y es que el boca a boca había difundido la noticia del encuentro en Candelita y el grupo esperado de mujeres se había multiplicado por cuatro, se sumaron las amigas migrantes del barrio que también trabajaban en el servicio doméstico, ecuatorianas, colombianas,

⁴ Red de telecentros de base social en el territorio español que tiene como finalidad fomentar la inclusión social de todas las personas utilizando las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC). Red Conecta se dirige a la población en general, pero en especial a jóvenes de 13 a 30 años, mujeres con dificultades de acceso al mundo laboral, desempleados de larga duración y personas con dificultades de inserción social.

El telecentro Red Conecta es un espacio con equipamiento informático y/o tecnológico donde una persona dinamizadora guía el proceso y acompaña a las personas en su aprendizaje, planifica las actividades y las adapta a las necesidades de cada colectivo, asesora a la ciudadanía y contacta y fomenta el trabajo en red con las asociaciones próximas. Red Conecta fomenta el trabajo en red con el tejido asociativo, las instituciones, sector empresarial y administraciones locales. Red Conecta. Barcelona: Fundación Esplai. <https://fundacionesplai.org>

⁵ Tecnologías de la Información y la Comunicación.

peruanas, dominicanas, ocuparon todo el corredor, parte de las aulas y algunos escalones ante la mirada atónita de Azucena, Marisol Paloma y la mía.

Paloma, que poseía la habilidad, que solo había visto en mi madre y mi abuela, de buscar soluciones simples a problemas y circunstancias difíciles, cogió folios de la impresora y le dijo a Azucena: “—Que todas pongan su nombre y forma de ubicarlas: correos, direcciones, el dato de la casa que les tocó”. Y mientras la hoja corría de mano en mano, Paloma les dio la bienvenida, resumió en diez minutos el objetivo de aquella primera reunión, los servicios que podría brindarles Candelita en esa nueva etapa en su proceso migratorio. Y luego le cedió la palabra a Azucena, que en otros diez minutos explicó lo que había preparado para una hora de taller. Antes de que Azucena terminara su recortada intervención, Paloma había sacado una silla de su oficina y, desde el centro del corredor, se sentó a escucharlas una por una, las escuchamos una a una: sus nombres, su lugar de procedencia y sus historias.

Terminada la reunión, Paloma y Azucena preocupadas debatían: “—Si estas mujeres vienen con la ilusión de conseguir su tarjeta de trabajo-residencia para reagrupar a sus hijos y esa residencia se materializa en el contrato de trabajo, y la renovación del contrato depende de si ellas se “adecuan” o no a la casa que se les fue asignada, todo sus sueños quedan en manos de los/as dueños/as de casa donde están trabajando. Si la mujer no se adecua a la casa o el empleador, no está a gusto con su trabajo o desempeño. ¿Qué pasará con ellas?” —Se cuestionaba Paloma— mientras subíamos por Montera hacia la Gran Vía— “—pues son trasladadas a otra casa por las personas que desde el ayuntamiento y desde la otra ONG llevan los temas de los cupos de trabajo” —respondió Azucena—, antes de puntualizar con el tono analítico que marcaba su perdido acento bonaerense: “—Les tiene que gustar el lugar donde trabajan, sí o sí, porque saben que está en juego su residencia. ¡Y no existe una ley que regule el servicio doméstico!, su trabajo está enmarcado en la ley de Servicios Especiales. Por lo menos tendrán el derecho a sindicalizarse, a que alguien las escuche si son explotadas a costa del permiso, ¡digo yo!”

Pero aquellas dos mujeres que debatían mientras yo las escuchaba, ahora sentadas en la terraza del Tui, no solo estaban preocupadas por el tema de los papeles. A la reunión habían llegado convocadas por el boca a boca, mujeres del contingente pasado que no dudaron en denunciar, por primera vez, que habían sido sometidas a todo tipo de abusos, desde horarios de trabajo con disponibilidad las 24 horas del día, por su carácter de internas, golpes por parte de las personas que cuidaban en las casas, insinuaciones y acoso.

El siguiente domingo, el grupo de 120 mujeres fue dividido en dos: Unas iban a Vicálvaro, la otra sede de Candelita, y las demás a la sede de Montera con Azucena y conmigo, Paloma estaba un tiempo en un lado y luego en el otro. Paloma, de quien aprendí que el desarrollo es colectivo, de quien conocí el cooperativismo, le dijo a Marisol Urbano y a un grupo de ellas, que: *“—Debían organizarse asociativamente si querían lograr los sueños que las habían empujado a dejar sus países y venir a España, que debían conocer y defender sus derechos y reclamar los que aún no eran reconocidos.”*

Casi un año después del encuentro en la Calle Montera y adjuntando a los pliegos, entre otros documentos, las 120 firmas de las mujeres que allí aparecieron, Candelita es adjudicataria del primer Centro de Día de Mujeres Latinoamericanas “Pachamama”, en la calle Lérica de Madrid. Durante el primer día de apertura del centro, volví a compartir con muchas de aquellas mujeres. El contingente, como tal, había desaparecido, ellas ahora trabajan por horas en casas particulares, seguían soñando con obtener su primera tarjeta de residencia y trabajo y reagrupar a su familia. Pero el sueño se había convertido, con el paso de los días, en un eterno y desesperante tormento.

“—Cada mañana me despierto, porque les escucho respirar, mi niña a la derecha y mi niño a mi izquierda, cada uno, cada respiración a lado y lado de la cama... Pero y ¿qué le vamos a hacer mijo, echar ‘pa’ lante” —me dijo una de ellas durante aquella inauguración— y mientras compartíamos lo que cada uno habíamos preparado, traído y depositado en la mesa del salón de actos del nuevo Centro de Día de Mujeres. Atrapadas en la *“pescadilla burocrática”* según la cual: No te dan un contrato porque no tienes papeles y no tienes los papeles porque nadie te da un contrato si eres *“ilegal”*; seguían luchando, sonrientes, cantando y bailando, felices por la apertura de Pachamama, el espacio de ellas, de su centro, de su punto de encuentro.

Una reunión en el Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones del Gobierno de España.

Desde la antesala a la que nos llevaron veía los plátanos de indias extendiendo sus brazos sobre el jardín del Ministerio, mi amiga paraguaya Julia Martínez, después de dejar su abrigo negro sobre la silla de piel blanca, dijo: *“—No sabía que os conocierais”*, a lo que yo le contesté: *“—Bueno, a Carolina la conocí hace poco, pero CEDOAC, la asociación que ella preside, se fundó pocos años después de llegar las mujeres de los mal llamados “contingentes” y a algunas de sus fundadoras las conocí por ese entonces, cuando trabajaba en Candelita, hace ya más de quince años. Con Marisol, que ahora hace parte de la Red de Mujeres Latinas y del Caribe, fuimos integrantes de una Asociación de mujeres, La Gaitana, que se creó a la luz de un proyecto de Codesarrollo y animadas por una convencida del asociacionismo, mi amiga Paloma*

Rodríguez”; y antes que pudiera mirar a Yolanda, que en ese momento observaba tras del cristal el jardín con sus plátanos de indias, Julia me interrumpió diciendo: “—Ya sé que a AESCO lo conoces desde hace mucho tiempo, hijo, desde cuando estaba en la casa del pueblo. Y aun cuando todas nos conocíamos, no dejábamos de sentirnos nerviosas bajo aquella atmosfera oficial que nos impedía relacionarnos y hablar con la confianza que da la amistad acrisolada durante años de trabajo común”. Hasta que el funcionario del Ministerio con ademán protocolario nos invitó a la sala principal.

Sentadas en sillas de brazos, espaldar dorado y asientos acolchados, ellas respondían la pregunta que el ministro les había formulado tan pronto como entro a la sala: “—¿Me gustaría conocer vuestras historias migratorias?”. Y mientras ellas contaban sus historias y hablaban de su lucha y de la lucha de las mujeres migrantes, a las que en ese momento representaban, y de cómo habían ido tejiendo un movimiento asociativo con miles de ellas, yo las veía distribuidas a lo largo de la gran mesa de madera y recordaba a aquellas primeras mujeres del “contingente” y veía en su nerviosismo el nerviosismo de aquellos primeros años de incertidumbre en un país desconocido, con costumbres y hábitos desconocidos.

La última en hablar fue Carolina: “—Señor Ministro, la equiparación del Régimen Especial de Empleadas de Hogar al Régimen General de Trabajadoras de la Seguridad Social es una demanda de años y sería un primer paso en la batalla contra la explotación y la discriminación que sufren las trabajadora de hogar. Ministro, si nos ayuda a sacar estas demandas adelante, no solo habrá combatido una de las modernas formas de esclavitud, además será ¡el primer Ministro que atienda las demandas de una empleada doméstica, que no sea la de su casa!”, —concluyó— rompiendo con ello la atmosfera oficial y haciendo que todos nos echáramos a reír.